

4º D. CUARESMA. EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN 3,14-21.

En aquel tiempo dijo Jesús a Nicodemo:

-Lo mismo que Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del Hombre, para que todo el que cree en él tenga vida eterna.

Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único, para que no perezca ninguno de los que creen en él, sino que tengan vida eterna.

Porque Dios no mandó a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por él.

El que cree en él, no será condenado; el que no cree, ya está condenado, porque no ha creído en el nombre del Hijo único de Dios.

Esta es la causa de la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres prefirieron la tiniebla a la luz, porque sus obras eran malas.

Pues todo el que obra perversamente detesta la luz, y no se acerca a la luz, para no verse acusado por sus obras.

En cambio, el que realiza la verdad se acerca a la luz, para que se vea que sus obras están hechas según Dios.

LA CRUZ SIMBOLO DEL AMOR

El Evangelio de hoy nos propone las palabras que Jesús dirigió a Nicodemo: **«Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Unigénito»**. Son palabras que nos invitan a **«dirigir la mirada a Jesús Crucificado y sentir en nuestro corazón que Dios nos ama»**, que nos ama de verdad y nos ama sin medida. Esta es la expresión más sencilla que resume todo el Evangelio, toda la fe y toda la teología: **«Dios nos ama con amor gratuito y sin medida»**.

Y este amor de Dios se demuestra ante todo en la creación. Así lo proclama la liturgia: **«A imagen tuya creaste al hombre y le encomendaste el universo entero, para que, sirviéndote sólo a ti, su Creador, dominara todo lo creado»**. Y es que en el origen del mundo sólo está el amor libre y gratuito del Padre. Y continúa la liturgia: **«Y cuando por desobediencia el hombre perdió tu amistad, no lo abandonaste al poder de la muerte, sino que, compadecido, le tendiste la mano»**. Esta es su gran misericordia.

A lo largo de la **«historia de la salvación»** brilla la gratuidad del amor de Dios y su misericordia, pues a pesar de que los hombres muchas veces quebrantaron su **«alianza»**, **«la ley de Moisés»**, Dios, en lugar de abandonarlos, estrechó con ellos un vínculo nuevo, con la sangre de Jesús, **«el vínculo de la nueva y eterna alianza»**, **«la ley del amor»**, un vínculo que jamás nada ni nadie lo podrá romper.

Dios, en la Biblia, nos habla de su amor a través de imágenes de amor humano. Una de ellas es el **«amor paterno»**, un amor que está hecho de estímulo, de impulso. **«El padre quiere hacer crecer al hijo, empujándole a que dé lo mejor de sí»**. Así es Dios

Otras veces Dios nos habla con la imagen del **«amor materno»**, el amor de la madre, hecho **«de acogida, de compasión y de ternura»**. Es un amor **«entrañable»** por los hijos que con frecuencia los defiende e intercede por ellos ante el padre. Si bien en la Biblia se proclama el poder de Dios y su gran fuerza, también nos habla de una debilidad de Dios, de su **«debilidad materna»**.

También el hombre conoce por experiencia otro tipo de amor, es **«el amor esponsal»**, del cual se dice que es **«fuerte como la muerte»**. Dejará el hombre a su padre y a su madre, se unirá a su mujer y **«serán los dos una sola carne»**, se dice en el Evangelio. El matrimonio no es de origen humano, lo creó Dios y forma parte de su diseño para que la humanidad viviera.

Jesús para mostrarnos su apasionado amor por nosotros llevó a cumplimiento todas estas formas de amor, paterno, materno, esponsal, ¡cuántas veces se ha comparado a un esposo!, Pero añadió otro amor, el **«amor de amistad»**. Decía a sus discípulos: **«No os llamo siervos. A vosotros os he llamado amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer»** ¡Jesús nos ha hecho partícipes de los secretos de familia de la Trinidad!



San Pablo nos recuerda: **«Dios, rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó, estando nosotros muertos por los pecados, nos ha hecho revivir con Cristo»** **«La Cruz de Cristo es la prueba suprema de la misericordia y del amor de Dios por nosotros»**. Jesús nos amó **«hasta el extremo»**, no sólo hasta el último instante de su vida terrena, sino hasta el límite extremo del amor.

Si en la creación el Padre nos dio la prueba de su inmenso amor dándonos la vida, **«en la pasión y en la muerte de su Hijo Jesús»** nos dio la prueba de las pruebas: **«vino a sufrir y morir por nosotros»**. Así de grande es la misericordia de Dios: **«Dios nos ama y nos perdona»**. **«Dios perdona todo»**. **«Dios perdona siempre»**.

Y **«Jesús es la luz que vino al mundo para salvar a la humanidad»**. Pero, dice el Evangelio, que los hombres prefirieron las tinieblas a la luz porque sus obras eran malas. Y apostilla el evangelista, **«el que cree en Él, no será condenado, pero el que no cree, ya está condenado»**.

La venida de Jesús al mundo determina, pues, una **«elección»**. Quien elige las tinieblas va al encuentro de un juicio de condenación y quien elige la luz tendrá un juicio de salvación. **«El juicio es siempre la consecuencia de la libre elección»**. Quien practica el mal busca las tinieblas, el mal siempre se esconde. Quien vive en la verdad, quien practica el bien, llega a la luz. Y quien camina en la luz, no puede por menos que hacer obras buenas.

Bien es verdad que ahí están también nuestros límites y también nuestras debilidades y pecados. Sin embargo, no cabe por ello desánimo alguno, pues Dios está siempre ahí, a nuestro lado, invitándonos a acoger su luz en nuestra conciencia, para acoger su infinito amor y misericordia. **«Jesús está en la cruz para sanarnos»**. Este es el amor de Dios. Ver el crucifijo y decirnos: **«Dios me ama»**. Y es que **«Dios es más grande que todos nuestros límites, debilidades y pecados»**. Tomemos pues de la mano al Señor, **«miremos al Crucificado y vayamos adelante en la vida»**. ¡Que así sea!

Parroquia de Betharram
www.parrokiabetharram.com
10 de marzo de 2024